

para propagar sus ideas; es para predicarlo á Él mismo, para mostrarlo al mundo, hacerlo brillar como la luz, y, según la misma expresión de que Él se vale, servirle de testigos por toda la tierra. No da otra misión á sus discípulos, y durante dieciocho siglos, su Iglesia no ha cumplido otra.

Con frecuencia se ha intentado establecer un paralelo entre Jesucristo y esos grandes genios que, como Él, han reunido y formado discípulos, y el nombre de Sócrates se ha ofrecido por sí mismo á todos los entendimientos, porque tuvo también el honor de morir por la verdad. Mas la semejanza sólo es aparente; la diferencia es profunda y radical. Sócrates predicaba la verdad; Jesucristo se predicaba á Sí mismo. Sócrates juzgaba ilógica, ilegítima, toda adhesión á su enseñanza que hubiese procedido de la confianza en él, de la admiración tributada á su genio; Jesucristo quería que la convicción de sus discípulos tuviera por base una fe absoluta en su palabra. Sócrates, temiendo ser un obstáculo á la verdad, no se cansaba nunca de anonadarse y disimulaba cuidadosamente su superioridad, digno en eso de eterna memoria; Jesucristo, por el contrario, afirma sin cesar, con imperturbable serenidad, su superioridad absoluta y la necesidad de creer en Él. Si Jesucristo no estuviese muy por encima de Sócrates, debía serle muy inferior. Pero es que el uno en-

seña como hombre, y el otro como Dios. Y valiéndome del famoso giro de Rousseau, diré con gusto: Si la enseñanza de Sócrates y su manera de proceder para llevar las almas á la verdad son de un sabio, la enseñanza y procedimiento de Jesucristo son de un Dios.

VI

Penetramos todavía más. Acabamos de ver que Jesucristo no se había contentado con llamarse Dios, sino que había exigido todos sus derechos y todos sus homenajes. Pero, entre esos homenajes, hay uno que exigió Él con singular insistencia, que de soberana manera obtuvo, y que le señala con un rasgo exclusivo. Quiero hablar del amor que Jesucristo exigió de los hombres; amor tan completo, tan elevado, tan absoluto, tan heroico, que la sola idea de exigirlo supone la conciencia de la más divina de las superioridades, y no se admira uno de que lo haya obtenido, habiéndose atrevido á exigirlo. Y como si todo el buen sentido humano debiera ir por tierra cuando se trata de este Sér extraordinario, al propio tiempo que exigía el amor de los hombres, se profetizaba á Sí propio su odio, un odio tan sublime como su amor. Y lo que Él decía se cumplió. A la vez amado y aborrecido; adorado y escupido; objeto de un amor que llega hasta la locura, y de

un odio que llega hasta el furor; amor y odio que dieciocho siglos no han sabido satisfacer ni explicar. ¡Oh Jesús! voy como puedo, investigando vuestra divinidad. La he visto primeramente transpirar, suave y como medio velada, á través de la deslumbradora belleza de vuestra fisonomía humana. Ahora paréceme que irradiaba. Las nubes se han disipado. El cielo está sereno. Brilla el sol; hablo del sol de vuestra divinidad, ¡oh, Jesús! Ayudadnos todavía un poco, para que no nos armemos contra Vos con el único recurso que nos queda: el cerrar voluntariamente los ojos y decir al mismo sol: no te veo.

Hemos referido en esta historia las principales circunstancias en las cuales Jesús ofreció la singular pretensión de ser amado, de ganar y conquistar todos los corazones. Pues bien, en esa pretensión advierto tres cosas que, reunidas, constituyen un fenómeno único en la historia de los sentimientos humanos.

Es la primera, que Jesucristo ha querido ser amado *por todos*. ¡Ay! nos cuesta buen trabajo el vernos amados por algunos: ¿cómo pensar en hacernos amar por todos? Y además, ¿quién lo ha pensado? Nadie, ni aun los fundadores de alguna religión; ¡de tal manera, en este difícil asunto, sentía cada cual su irremediable miseria! Y por otra parte, ¿acaso, para ser dichosos, necesitamos vernos amados de todos? Cuando

niños, despertamos á la vida, bajo las miradas de un padre, de una madre, rodeados de hermanitos y hermanas que juegan y cantan con nosotros; esto basta durante mucho tiempo á las aspiraciones de nuestro corazón. Más adelante, cuando hemos crecido, buscamos entre los compañeros de nuestra juventud algunas almas que simpaticen con la nuestra, y cuando hemos hallado una nos creemos dichosos. Y por último, cuando llega esa edad más ardiente á la vez y más formal, en la que aquellos primeros encantos ya no pueden bastar, ¿qué es lo que se dice? Llegará día en que tenga yo una casa, un hogar tranquilo y puro, algunos pocos amigos, y si Dios permite que halle un cariño noble, elevado, fiel, es lo bastante para mi dicha. Y cuando eso se posee, ciertamente, pueden venir las borrascas, la pesada carga de los humanos quehaceres puede obligarnos á doblar el cuello, mas no se sucumbe; porque se tiene un abrigo, un puerto y un sostén. Tal es el corazón humano. Necesita torrentes de luz, torrentes de gloria, torrentes de dicha. ¡Mas tratándose del amor, que halle una gota, y basta! Cuando, pues, vemos á Jesucristo entrando en el mundo de manera enteramente distinta, declarando que quiere ser amado *por todos*, siéntese ya profundo asombro.

Y no obstante, eso todavía no es nada. No solamente quiere Jesucristo verse amado por to-

dos, sino que quiere que le ame cada cual *sobre todas las cosas*; exige el amor más grande, el amor más generoso; un amor que arranque al hombre de los placeres; que, en ciertas circunstancias, llegue hasta el testimonio de la sangre. ¡Qué digo! pide al hombre un amor que haga palidecer á todos los demás amores.

Supongo que sois niño; amáis á vuestro padre y á vuestra madre; les cubrís con vuestra veneración; y no sé por qué digo sois niño; pues ¿hay edad alguna en la cual no se dé al padre y á la madre nuestra veneración? Y aun parece que á medida que adelantamos en la vida, cuando vemos que los años pesan sobre sus cabezas venerables, y que tenemos conciencia de que no se nos conceden ya más que por un instante, siéntese que este afecto crece aún, que se eleva hasta una especie de culto. ¡Pues bien! tenéis padre, tenéis madre, les amáis con toda la ternura de vuestra alma. Hay alguien que quiere ser más amado que vuestro padre, más que vuestra madre; es Jesucristo. *El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.*

Sois madre, tenéis sobre las rodillas á ese tierno niño tan esperado, tan deseado, tan amado. Hay alguien que quiere ser más amado que él, alguien al cual deberéis, si necesario fuere, sacrificar ese niño: es Jesucristo. *El que ama á su hijo ó á su hija más que á Mí, no es digno de Mí...*

Y en ese afecto más íntimo aún, cuando las dos almas no forman más que una, hay alguien que se cree con derecho para entrar en esos impenetrables repliegues y que quiere ser todavía más amado. *El que ama á su esposa más que á Mí, no es digno de Mí.*

¿Pero es posible? ¡es una locura! El imponer tales condiciones es exponerse á quedar solo, abandonado, digamos la frase, al ridículo y al desprecio; y si de alguno lo obtuviésteis, sería una abominación; pues para el hombre, por encima de su padre, de su madre, de su esposa, y de sus hijos, no hay más que Dios: todo otro amor, superior á ése, resultaría un sacrilegio.

Continuemos, sin embargo. Todo aquí desconcierta al humano discurso. No solamente quiere Jesucristo ser amado por *todos*, no sólo quiere ser amado *sobre todas las cosas*, sino que de este amor tan grande, tan extraño, tan imposible, anuncia que lo obtendrá después de su muerte. ¡No fué amado cuando vivo, y espera ser amado después de su muerte! Cuando se hallaba en este mundo y poseía en su faz todo el encanto que tratábamos de mostrar poco há, no ha sabido hacerse amar. Porque ¿quién se sacrificó por Él? ¿Quién le acompañó hasta el Calvario? Subió solo, y allí, como dicen las Sagradas Escrituras, buscaba quien le consolase y no lo encontraba. Y habiéndose visto abandonado cuando vivo, negado cuando vivo, en-

tregado cuando vivo, no habiendo sido amado cuando vivo, soñar para cuando haya desaparecido, que será amado con ese amor tan grande, tan heroico, tan extraordinario, repitámoslo, es cosa propia de un loco, á menos que no sea de un Dios.

¡Ah! ¡Apenas conocía Él, pues, el género humano! ¡no sabía, pues Él, que el gran alimento del amor es la presencia, ni con qué facilidad el hombre olvida! Admito que por un instante algunas lágrimas fieles nos sigan más allá de la tumba; pero en breve los que lloran vienen á su vez á dormirse en el mismo polvo; y llega un día en que el viajero indiferente pisa con el mismo pie á los que fueron amantes y á los que fueron amados. ¡Hé ahí la breve duración del amor! Y no habiendo sido amado en la vida, soñar que se haya de ser después, hasta la consumación de los tiempos, ¡oh! no, no esperaba yo semejante presunción de un entendimiento tan luminoso, tan vigoroso y tan sano.

Y no obstante, por extraña que sea la pretensión, ha sido excedida por el resultado. Apenas hubo Él muerto, cuando el amor se despertó sobre su tumba. Su cruz se vió cubierta de besos. Vióse aparecer una generación entera de hombres, de mujeres, de jóvenes, prendados de Jesucristo, entusiasmados de amor, que le bajaban, digámoslo así, de su suplicio, le besaban los pies, y que exclaman: ¿Quién nos aparta-

rá del amor que le profesamos? ¿El hambre, la sed, la persecución? No, no; nada arrancará jamás de nuestros corazones la caridad de Jesucristo.

En vano han corrido los años. y sucedídose los siglos. El tiempo que destruye todas las afecciones, ha visto acrecerse ésta.

Las mismas revoluciones han sido impotentes contra ella. Ciertamente la Europa ha sufrido numerosas divisiones, convulsiones espantosas; se la dividió en mil porciones; pero existe una unidad que jamás le fué arrebatada: es la unidad del amor á Jesucristo. Focio pudo arrebatar el imperio griego al cayado del romano Pontífice; pero no hizo que Jesucristo bajase del trono que ocupaba en el corazón de los pueblos orientales. Enrique VIII pudo sepultar en el cisma la gran nación inglesa; pero sobre ella se cierce Jesucristo, conocido, amado, servido y adorado. Lutero pudo separar la Alemania de la unidad católica; pero la Alemania ama siempre á Jesucristo. Finalmente, aunque nosotros mismos hayamos pasado por algunas pruebas, después de Voltaire y Rousseau, al otro día de la regencia y de la revolución, ¿acaso Jesucristo no domina, no resplandece en las adoraciones de toda la Francia? "Jesucristo, dice el mismo Renán, se ve mil veces más amado hoy, de lo que lo fué durante su vida."

Pero ¡Dios mío! me asalta una duda. ¿Jesu-

cristo ha sido tan amado como Él lo pretendió? ¿Ha sido amado con ese amor triunfante que empuja el alma á todos los sacrificios; con ese incomparable amor que deja eclipsados todos los demás amores?

Si alguien lo duda, vaya á llamar á la puerta de uno de esos monasterios del Carmelo, cuya sola clausura causa miedo ó furor. Pregúntese á esa joven por qué, en la edad de la juventud y de las ilusiones, lo abandonó todo para ocultarse tras de impenetrables rejas y bajo un vestido de sayal, y contestará: *Ano Christum*. Hé ahí el amor de Jesucristo; ha sido tan grande, que formó la Virgen cristiana. Creó la Hermana de la Caridad, la Hermanita de los Pobres. Formó el Apóstol. Formó el Mártir. Tomó al hombre en su debilidad, en su egoísmo, y coronándole con la triple diadema de la virginidad, del martirio y del apostolado, lo elevó á las cumbres más divinas del amor.

Todavía hizo más. Porque el sufrir, el morir, no son la cumbre del amor, porque no son el colmo del sacrificio. ¡El colmo del sacrificio está en ver morir á los seres amados! La más alta cumbre del amor, cuando, por ejemplo, se trata de una madre, no está en dar la propia vida á Jesucristo, sino en darle la vida del hijo. Y eso se vió. Madres hubo que han amado á Jesucristo hasta ese punto: ¡hasta el sacrificio de sus hijos! Jesucristo se atrevió á pedir eso, y lo ob-

tuvo. Sí, acababa de morir, cuando ya las madres cristianas tomaban á sus hijos, les ponían sobre sus rodillas, y les decían: "Hijo mío, preferiría verte muerto antes que verte infiel á Jesucristo." Y lo que decían, lo hacían. Acompañaban á sus hijos ante los jueces; bajaban con ellos al Coliseo; subían al patíbulo, los exaltaban con su entusiasmo, y, si temían que llegasen á flaquear, se arrojaban á sus rodillas diciendo: "Hijo mío, acuérdate que te llevé en mi seno, que te alimenté con mi leche; por piedad con tu madre, no seas infiel á Jesucristo." Lo que una mujer, una madre debe sufrir en un caso semejante, lo que han sufrido una Felicitas, una Sinfrosa y tantas otras que las han imitado, jamás lengua humana podrá decirlo; siéntese únicamente que, para recompensar sacrificios tales, no será demasiado el darles una dicha eterna, con sus hijos en sus brazos.

¡Ah! me domina la emoción. ¿Quién es, pues, el que ha podido lograr un amor semejante? ¿Quién es el que, en un humilde lugar de la Palestina, pudo decir algún día: "Quiero ser amado por todos, quiero ser amado sobre todas las cosas," y que, habiéndolo dicho, lo alcanzó hasta el punto de que todo amor palidezca ante el suyo? Repitámoslo: ¿quién es? ¿Y quién se atreverá á decir que ése no era más que un hombre?

Es el gran argumento que impresionaba al

cautivo de Santa Elena en aquellos años de gracias que Dios le había dado para contemplar las cosas eternas, después de haber barajado tanto las cosas temporales. Decía él: "Jesucristo quiere el amor de los hombres; quiere lo más difícil que hay de obtener; lo que un sabio pide en vano á unos cuantos amigos, un padre alguna vez á sus hijos, la esposa á su esposo, un hermano á otro; en una palabra: el corazón; eso es lo que quiere Él para Sí..... Lo exige, y lo consigue. De ahí saco yo en conclusión su divinidad."

Y añadía: "Habla el Cristo, y en adelante las generaciones le pertenecen mediante lazos más estrechos, más íntimos que los de la sangre, mediante una unión más sagrada, más imperiosa que cualquiera otra. Enciende la llama de un amor que mata el propio, y que prevalece sobre todo otro amor.... Con frecuencia he pensado en ello, y es lo que más admiro, y lo que me demuestra absolutamente la divinidad del Cristo."

E insistiendo acerca del carácter que ahora mismo indicaba yo, que Jesucristo quiso hacerse amar después de su muerte, decía: "He cautivado á las multitudes, que morían por mí; pero también se requería mi presencia; la electricidad de mi mirada, mi voz, una palabra mía!..... Hoy que me hallo en Santa Elena, ahora que me veo solo y clavado á esta roca,

¿en dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿quién se muere por mí en Europa? ¿En dónde están mis amigos?" Y subiendo hasta Luis XIV, y dirigiendo al gran monarca una mirada desengañada de la vanidad de las cosas humanas, añadía: "El gran monarca no había muerto aún, y ya se veía abandonado, en la soledad de su dormitorio de Versalles, abandonado de sus cortesanos y quizá siendo objeto de sus risas. No era ya su señor; era un cadáver; un féretro, una fosa y el horror de una descomposición inminente. Esperemos un momento y hé ahí mi suerte; hé ahí lo que á mí mismo va á sucederme. ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino de Jesucristo, predicado, amado, adorado y viviendo en todo el universo!..."

Y, antes de él, Pascal, cuando estampaba, en aquellos fragmentos de papel que se han recogido después como reliquias, los relámpagos de su genio, escribía estas tres palabras que habrían formado bajo su pluma tan admirable capítulo: "Jesucristo quiso ser amado, lo fué, es Dios!"

VII

Por brillante que sea esta prueba, no la tenemos completa, si no le añadimos la segunda profecía de Jesucristo, no menos extraña que la primera, y no menos extrañamente cumplida.

Jesucristo no solamente pidió el amor, y lo obtuvo; anunció que sería odiado, y obtuvo ese odio; y todavía lo sufre. Hé ahí la contra-prueba; y ahí se encuentra, lo confieso, una cosa que me confunde más todavía.

Que un artesano humilde, amable y pacífico, baje un día á la plaza pública y diga: seré odiado hasta el fin del mundo; que agrupe en torno suyo á doce artesanos, tan amables y tan pacíficos como Él, y que les diga: Vosotros también seréis odiados hasta la muerte; que dicte una doctrina elevada, noble, pura y les diga: hasta el fin del mundo esta doctrina suscitará rabiosos clamores; que, muriendo finalmente, en un suplicio que debiera haber enternecido á todas las almas, anuncie que su cruz será también objeto de odio, y que habrá hombres que no podrán contemplarla sin saltar de cólera; eso es, á mi ver, incomprensible cosa. Porque, en fin, si es difícil hacerse amar, ¿es, pues, tan fácil hacerse odiar? En uno de sus admirables discursos acerca de Jesucristo, decía el P. Lacordaire: "¿Quién fué amado entre los grandes hombres? ¿Quién en la guerra? ¿Quién en la sabiduría? ¿Quién? Nómbrame uno que haya alcanzado el amor sobre su tumba." De buen grado me cojo esas palabras, y diré: ¿Quién se vió odiado? ¿Quién sobre el trono? ¿Quién en la filosofía? ¿Quién? Nombradme un hombre, un grande hombre,

un filósofo, un fundador de religión, que haya alcanzado el odio sobre su tumba. Que si algunos se han visto, un momento, perseguidos por la pública indignación, el tiempo dió un paso, llegó el olvido, y se desvaneció el odio. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible.

Si, pues, me parece extraño que Jesucristo se haya profetizado el odio, todavía encuentro más extraño que esta profecía se haya cumplido. Porque, en fin, ¿qué cabe odiar en Jesucristo? ¿Su fisonomía? Pero manifiestamente no se vió jamás aquí abajo otra cosa más bella. ¿Su doctrina, su Evangelio? Mas vosotros confesáis que no hay libro comparable á ése. ¿Qué es, pues, lo que odiáis en Jesucristo?

Diréis: Es muy sencillo. Lo que odio, es la mentira, y una mentira es tanto más odiosa cuanto juega un papel mayor. Dieciocho siglos há, en el mundo apareció una impostura deslumbrante; hé ahí lo que odio.

Ciertamente, si tuvierais la certeza de que Jesucristo es un impostor, comprendería ese sentimiento; pero cabe desafiar á toda persona formal á que tenga esa convicción; y esto por mil razones, y particularmente por una: consiste en que hay en el mundo sobrado número de personas instruidas y de buena fe, convencidas de su divinidad. Bossuet, Pascal, Leibnitz, Grocio, Newton, todos los grandes hombres duran-

te dieciocho siglos habían estudiado, y no obstante, han doblado la rodilla ante Jesucristo; han creído en su divinidad y hecho á esta creencia notables sacrificios en su vida. Pues media la diferencia entre los que no creen en Jesucristo y los que creen en Él, de que los unos hacen sacrificios á su fe y los otros no.

Pero, sea: admito que Jesucristo es un impostor. Entonces lo que resulta falso es el amor que le tenemos. Lo que resulta verdadero, es el odio que le tenéis. Lo que, por lo tanto, debe ser fecundo, lo que debe renovar al mundo, transformar á los hombres y á la sociedad, es el odio á Jesucristo; porque si el amor, que se equivocó uniéndose á esta quimera, á este ídolo, obra cosas tales, ¿qué no hará el odio que lo echa por tierra? Pues bien; ¿qué ha hecho en favor del hombre ese odio á Jesucristo? ¿en dónde están sus obras? ¿qué pueblos arrebató del vicio y de la barbarie? ¿qué almas consoló? ¿en dónde están sus Hermanas de la Caridad, sus Hermanos de la Doctrina Cristiana? ¿en dónde sus Hermanitas de los Pobres? Hay personas que carecen de pan: ¡oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Limosneras? Hay personas que mueren en medio del dolor: ¿en dónde están tus Enfermeras? En dónde quiera que se padece, en donde quiera que haya lágrimas, ¡oh, odio á Jesucristo! te busco y no te encuentro.

Y si nada has hecho en favor del hombre, ¿qué has hecho por Dios? Cuando has arrebatado á Cristo de un corazón, ¿has infundido en él mayor amor de Dios? A la hora presente hay todavía naciones enteras encorvadas al pie de los ídolos: ¡Oh, odio á Jesucristo! ¿en dónde están tus Apóstoles? No pregunto en dónde están tus Vírgenes, ni menos aún en dónde están tus Mártires.

Repitámoslo: ¿de dónde proviene ese odio á Jesucristo? Mahoma no fué odiado; Numa no fué odiado; Zoroastro no fué odiado; ningún fundador¹ de religión fué odiado. Nerón, Tiberio, Domiciano, estos monstruos sólo un instante han sufrido el odio. El odio no pudo cuajar, se agostó sobre su tumba. Sólo Jesucristo logró el honor de un odio inextinguible. ¿En qué consiste eso?

Véase: eso consiste en que solamente odiamos lo que nos sujeta, lo que nos sirve de obstáculo, lo que nos abruma. Cuando Nerón pesaba todavía con toda la fuerza de su infamia sobre el mundo, concibo que haya sido odiado; y no me admiro de que Tácito no tuviera más que un pesar: el de no poseer un buril bastante poderoso para marcarle eternamente con un

¹ Hoy que ha tomado altísimo vuelo el estudio de la religión comparada, merecen leerse los capítulos que al asunto dedica el P. Caussette en su obra *Le bon sens de la Foi*.—N. del T.

hierro candente. Mas hoy que Nerón se halla tan lejano, que sus vicios duermen despreciados é impotentes en sus huesos, ¿quién odia á Nerón? ¿quién odia á Tiberio? ¿quién odia á Domiciano? ¡El odio, ciertamente, fuera demasiado: basta con el desprecio!

Y Arrio, y Nestorio, y, antes de ellos, Ebión, Cerinto, todos los grandes sofistas de los primeros tiempos, no me admira de que un San Juan, un San Policarpo, un San Ignacio sintiesen contra ellos indignada cólera. Entonces eran poderosos, desgarraban á Jesucristo, empequeñecían la Iglesia: eran obstáculos. Mas hoy que en esa gran lucha han sido vencidos; hoy que no son más que muertas, inanimadas cenizas, y que sus errores no reducirían á un niño, asombraos de que el odio haya desaparecido!¹

Y el mismo Voltaire, ¿no advertís que nuestros sentimientos se han modificado con respecto á él? He conocido en mi juventud á un venerable anciano que había vivido antes de la revolución, que había visto á Voltaire en todo su apogeo, reinando, dominando, aplastando á Jesucristo con su risa sardónica; no podía hablar

¹ Téngase bien en cuenta la observación del autor: esos viejos errores á nadie dañarían hoy; ¿por qué no enviar eso á la Historia de la Iglesia, para dar cabida en la Teología á los estudios contemporáneos?—N. del T.

de Voltaire sin tener en sus labios algo de aquella cólera que vibra en las obras del conde de Maistre. Mas nosotros que hemos visto reverdecer cuanto Voltaire había pretendido destruir; renacer con más grande esplendor cuanto él se imaginaba desbaratar; nosotros para quienes Voltaire es, á la hora presente, un vencido; que sabemos que sus obras tan leídas por nuestros padres no lo serán por nuestros hijos, á medida que él descende, sentimos igualmente que la indignación y la cólera nos abandonan. ¡Tal es el corazón humano! Odiamos cuanto nos sirve de obstáculo, lo que con su talón nos oprime. Mas el día en que ese talón no es más que vil ceniza, ¿á qué queréis que nos cojamos para odiar? El odio parte, y el desprecio ocupa su lugar.

Solamente ante Jesucristo el odio nunca se debilitó, como igualmente jamás el desprecio llegó á existir. ¿Qué significa esto, sino que Jesucristo no cede nunca, nunca viene á menos, que sujeta las pasiones, que es rey siempre, y siempre vencedor?

Mas no está todo ahí. Hay en el odio algo mucho más profundo. Alguna vez se desliza entre dos almas destinadas por Dios á vivir juntas en íntima unión: y ¡entonces llega á ser horrible! ¿Habéis visto alguna vez el odio de dos hermanos? Cuando aparece entre esos dos seres, hijos del mismo seno, alimentados con la misma leche, que debieran de haber entrelazado sus ra-

mas durante su vida entera y prestarse mutua sombra, constituye algo que causa espanto, casi siempre algo que resulta irreconciliable. De igual manera, y mucho más aún, cuando se da entre dos esposos. ¡Ah! si habéis visto esto una vez en vuestra vida, debéis saber que de todos los espectáculos ése es el más triste. Mas en ese odio que aparece en donde el amor debiera florecer, ¿habéis notado algo extraño? Cuando un alma se dió toda entera con verdadero afecto, y se encuentra vendida, abandonada, que se encuentra con un infiel, si le aborreciese, aún lo comprendería. Si dijese con el poeta:

Te amé demasiado para no odiarte,

sea en buen hora! Pero no son así las cosas. No es la víctima quien aborrece: quien aborrece, es el infame; quien aborrece, es el infiel; quien aborrece, es aquél que ha faltado á todos sus juramentos. Y cuanto más bella y más pura es la víctima, más la aborrece. Si fuera menos intachable, la odiaría menos, porque ella le abrumaría menos. Y si á esa belleza, á esa irreprochabilidad, llegase á juntar ella beneficios; si los tuviese á manos llenas; si hubiese colmado de ellos al ingrato; si todavía siguiese haciéndolo, entonces, como le dominaría doblemente desde las alturas de su pureza y desde las de su amor, crearía en su alma una pasión que con nada podría verse nunca satisfecha.

Pues bien; lo que vemos en la tierra, sucede alguna vez entre el hombre y Dios. Cuando se vió colmado de gracias, y su alma no es bastante grande para responder con la gratitud á lo que Dios hizo en su favor, acontece que el amor, agriándose, se torna en odio, y Dios llega á ser objeto de un furor irreconciliable.

Es aquella pasión que hemos visto encenderse un día en aquel emperador que dejó un nombre tan tristemente famoso: Juliano el *Apóstata*. De las gradas del templo en el cual había sido recogido y educado; de los beneficios divinos con que había sido colmado; de las atentas predilecciones de la Iglesia que le había conservado su corona, no poseyendo un corazón bastante grande para corresponder, se volvió contra ella, y en su alma se encendió el odio. No bastaba para destruir la Iglesia; quiso deshonrarla. Todas las fuerzas del imperio romano se emplearon en eso; y creciendo en odio, á medida que iba viviendo, sólo se detuvo el día en que sucumbió en los campos de la Persia, exclamando: *¡Has vencido, Galileo!*

Es aquella misma pasión que nuestro poeta inmortal Racine presentó en una de sus obras maestras: en *Atalia*. Aquel carácter de traidor que de vez en cuando aparece para servir de descanso á la grandeza y á la nobleza de los demás personajes, ¿qué es? ¿De dónde procede? ¿Quién le infirió el odio en el corazón? El pon-

tífice lo manifiesta, desde el comienzo, en un verso famoso:

“Este templo le importuna, y quisiera su impiedad aniquilar al Dios á quien dejó abandonado.”

¡Hé ahí el odio contra Dios! ¡Hé ahí el odio contra Jesucristo! Porque jamás andan separados. El que ama á Dios, ama á Jesucristo. El que odia á Jesucristo, odia á Dios. A los ojos de la humanidad, no hacen sino uno en el amor y en el odio. Pues bien, después de haber alcanzado una mancomunidad semejante, ¿no comprendéis que eso es ser Dios?

VIII

Ante tales hechos, de pretensiones tan extraordinarias y aun más extraordinariamente realizadas; sobre todo, ante las palabras tan claras, tan precisas, tan acordes, con las cuales afirmó Jesucristo su divinidad, y exigió todos los homenajes, tan sólo restan, á los que se niegan á creer, dos partidos que tomar: combatir el propio testimonio de Jesucristo, si tienen por ciertos los Evangelios, ó bien dudar de los Evangelios mismos.

Combatir el testimonio de Jesucristo, esto es, suponer que, por falta de luz, de clara inteligencia, hubiese podido, de buena fe, equivo-

carse acerca de su propia naturaleza, ó que, por falta de sinceridad, haya querido engañarnos!

En ambos casos, Jesucristo desciende más allá de Sí mismo y de todo. Nada queda en pie en su vida; nada ya se explica en su carácter. Todo se conmueve y se contradice, y el ánimo espantado retrocede ante las imposibilidades, que unas sobre otras se amontonan. “¿Por ventura se da unión posible entre la luz y las tinieblas?” decía el poeta. No, evidentemente. No se podría hacer que juntos viviesen en un mismo lugar, en una misma alma, el sol y las tinieblas, la verdad y la mentira, la pureza absoluta y el fraude, la clara inteligencia, la intuición sublime y la ilusión grosera. Son dos elementos que luchan. Si la luz está allí, arrojará las tinieblas. Si el Cristo es lo que hemos visto, un sér tan puro y tan santo, tan absolutamente humilde y modesto, tan perfectamente apacible y dulce en su luz, libre de toda exaltación, de todo entusiasmo, no pudo equivocarse acerca de su verdadera naturaleza. No pudo creerse Dios. No pudo decirlo, si no lo creía. Hé ahí todo un aspecto de su carácter, el aspecto luminoso que excluye al otro, absoluta, radicalmente, como el sol excluye las tinieblas. ¿No veis que en esa mente sublime, límpida como el cielo, en ese gran corazón, del todo puro y transparente como el cristal, en ese carácter sano y vigoroso en todos conceptos, siempre entero y seguro de sí mismo,